

Aníbal Romero sobre Thomas Mann: Hacia el abismo (3/7)

Escribe Gustavo Guerrero: El desafío, entonces, sigue siendo cómo articular un pensamiento no fundacional y no esencialista de la comunidad basado en una relación ética con el otro y en la exigencia política de un nosotros.



Papel Literario

FUNDADO EN 1943

RESISTENCIA!

EL NACIONAL

DOMINGO 20 DE OCTUBRE DE 2019

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Rebeca Martínez

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

HOMENAJE >> ESTAMPAS DE LA LENGUA RECOPILA LOS ARTÍCULOS DE UNA DÉCADA

Manuel Bermúdez (1930-2009) fue narrador, ensayista, crítico literario y semiólogo. Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, institución que acaba de publicar en cuatro volúmenes, sus *Estampas de la lengua*

FRANCISCO JAVIER PÉREZ

El acierto

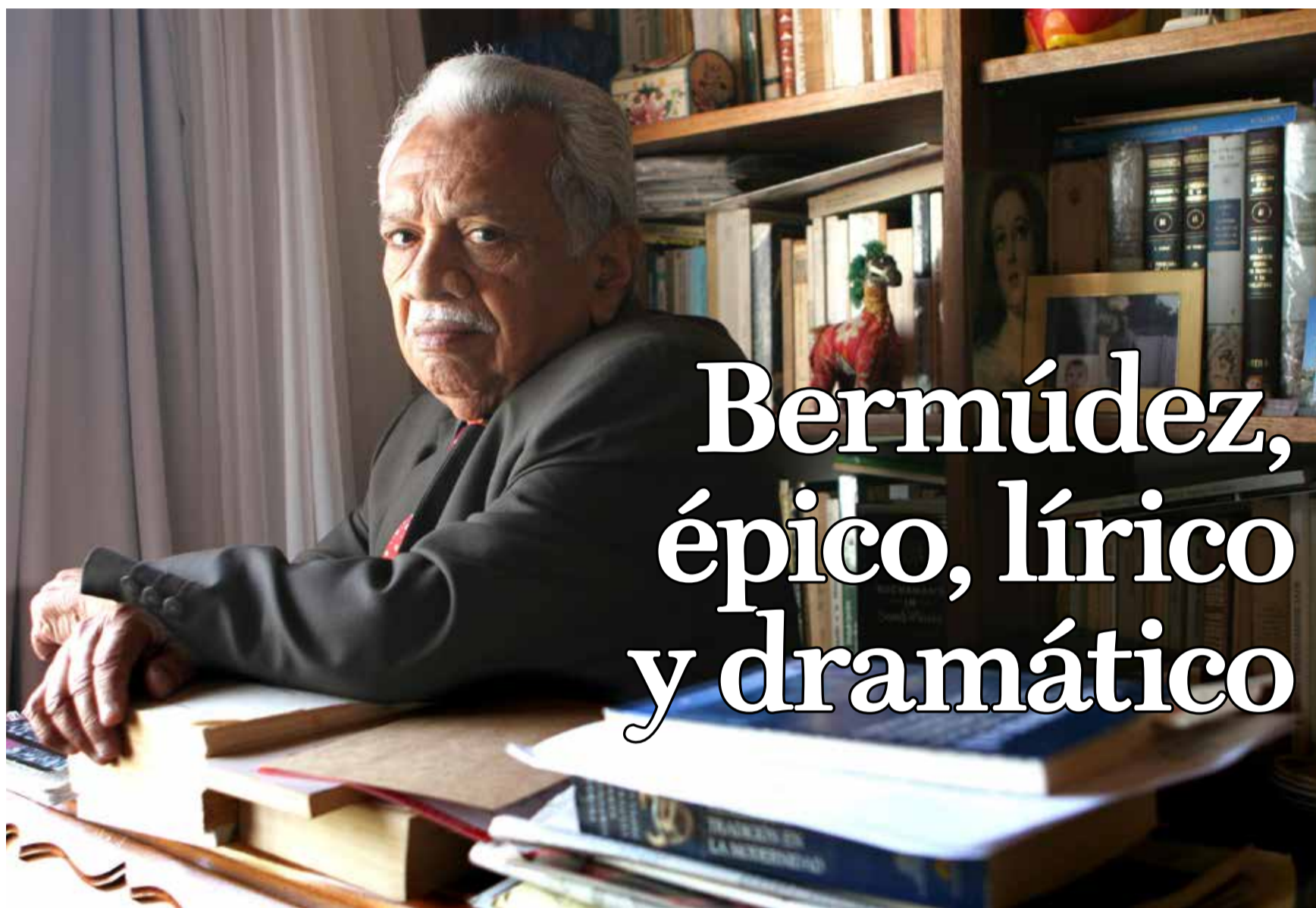
La Academia Venezolana de la Lengua ha tenido el acierto de publicar el libro que el lector tiene frente a él. La obra recoge las colaboraciones que cada semana su autor publicaba en una sección fija de idéntico título en la revista *Estampas*, que el diario *El Universal* encartaba en su edición de los domingos. Esta experiencia duraría una década, prolongándose entre los años 1987 y 1997. Las páginas de los otrora artículos y del hoy libro en web son el derroche de saber lingüístico, literario, histórico y cultural de uno de los venezolanos más necesarios de nuestro tiempo.

Hombre sabio por humilde, no gustaba de exhibir con engreimiento el conocimiento profundo de la lengua que poseía. Al contrario, su fino hilar reflexivo, teórico y filosófico lo llevaba a levantar una fachada de sencillez frente a todo lo que decía como una forma de capturar el interés de quien lo leía o de quien lo escuchaba, que en Bermúdez llegaron a ser la misma cosa. Fue maestro en el decir y en el escribir, tanto como en el sentir. Su sistema hacía que estas tres entidades calzaran sin que nadie se diera cuenta.

Leyéndolo hoy, estas identificaciones del decir, del escribir y del sentir constituyen una de las mejores maneras para seguirlo, como si lo estuviéramos escuchando, mientras lo leemos. La brillantez retórica de Bermúdez terminaba siendo su *praxis* reflexiva más perdurable. Su escritura, en consecuencia, la perpetuidad de una voz cuyo destino fue hacer que el pensamiento lingüístico y literario (la forma de pensar con la palabra referencial y con la palabra estética) transitaran los caminos de la sencillez, la cotidianidad y la rusticidad. Su trayecto fue inverso al de muchos escritores de origen humilde, que buscan destacarse y asombrar con y por la soberbia intelectual que eran capaces de desplegar. Contrariamente, Bermúdez se empeñó en modelar una manera propia que hacía énfasis en la diafanidad de las formas como esclarecimiento de las materias. La oralidad y la escritura formando un solo e indivisible conjunto.

La dificultad

Para alguien como yo, que fui su alumno en sus cátedras de análisis literario y de narrativa contemporánea y que luego sería su colega y amigo en la Universidad Católica Andrés Bello y en la Academia Venezolana de la Lengua, no resulta fácil



Bermúdez, épico, lírico y dramático

MANUEL BERMÚDEZ / ARCHIVO EL NACIONAL

escribir unas palabras pertinentes como antesala a un libro tan notable como este que hoy nos ocupa. Mi atrevimiento solo es excusable por el cariño y la admiración que le profesé y por la certeza que él siempre tuvo de estos mismos sentimientos míos hacia él, aunque nunca yo se los expresara verbalmente. Un hecho muy determinante de mi relación con Bermúdez fue mi también discipulado y amistad con Tarcila Briceño, su esposa incomparable y mi maestra insuperable en la maestría en historia de la UCAB.

Recto y oblicuo

Aunque no se vea a primera vista (o quizá por ello), existe una indescifrable conexión entre la longitudinalidad del llano y la horizontalidad del lenguaje. El llano, un espacio sin profundidad aparente, y el lenguaje, un tiempo sin superficialidad evidente, vienen a ser hogares habitados por la línea recta; bien por el espacio que ocupa su forma o bien por la representación que desgasta su tiempo. Sucesión y secuencia graban su destino de simultaneidades en el lenguaje y en el llano. Mallarmé desestabiliza toda certeza lingüística amparado en el principio de que la poesía, que hasta él había sido solo tiempo y música, comenzaba a entenderse como espacio y pintura. Según esto, las longitudes y los horizontes del llano y del lenguaje ya no podían dividirse, siendo ambos las caras de un mismo signo, la misma música y el mismo dibujo. Arribar a una tal comprensión del llano (su *locus* material) y del lenguaje (su *locus* espiritual) fue para Bermúdez el principal y permanente motivo de su actividad de semiólogo, de investigador, de pensador, de crítico y de educador.

Su razón filosófica fue la indagación en torno a la profundidad de la línea recta y a su complejidad latente. Ella le permite explorar la densidad escondida tras la monotonía del dibujo y a investigar el abismo de la pala-

bra. Inconforme con cualquier teoría (aun adorando a Saussure, a Barthes, a Pierce, a Jakobson y a Eco), gesta una teoría de la inconformidad que le hace entender que el lenguaje literario es mucho más que un símbolo y que el lenguaje coloquial es mucho más que un signo. Como un Shklovsky tropical, Bermúdez se interesa por la coloquialidad del discurso literario y por la literariedad del discurso cotidiano. Como nada de la lengua le era ajeno, Bermúdez gesta un formalismo filosófico que hace que las formas adquieran una dimensión compleja que extraña toda lectura achatada del texto (su falsa horizontalidad) y que se empeña insistentemente en buscar la densidad bajo el símbolo (su verdadera longitudinalidad). En otras palabras, para Bermúdez no hay literatura sin intención de trans-superficialidad (Wilde diría que los que buscan tras el símbolo lo hacen a su cuenta y riesgo). Finalmente, la línea recta del lenguaje referencial ha sido atravesada por el trazo oblicuo de la literatura.

La lengua y sus estampas

Superando cualquiera de las temáticas que este libro desarrolla como si carecieran de relevancia, cuando en realidad constituían las obsesiones más agobiantes para el maestro, la obra se convierte hoy en un retrato de su autor, cuyo relieve ha sido logrado por la reunión notable de sus ideas cimentadas y de sus fundamentos verbales. Esto que parece un lugar común y una obviedad, lo son solo en muy pocos autores y por eso considero que fue siempre una de las grandes pericias en el quehacer

de Manuel Bermúdez: la prodigiosa simplicidad de lo grave. De esta suerte, cada una de las páginas de este libro está condicionada por un principio de liviandad formal que revela tras su apariencia de casualidad el volumen de un pensamiento inusual y trascendente. En Bermúdez hasta lo más confuso se reviste de habitual claridad y lo más complejo se hace asunto de rutinaria reflexión. Hasta el título *Estampas de la lengua*, además de jugar con el título mismo de la revista de la que formó parte, viene a restarle solemnidad a los muchos asuntos de imperiosa toma de conciencia sobre lo que significa la lengua y sus ejecuciones en la fragua de la personalidad de los hombres (su psicología y su filosofía) y en la hechura de las sociedades (su sociología y su arte). El paisaje a modo de estampas, que el libro va completando por cuadros, resulta clave para la identificación de un escritor tan enraizado con su llano, tópicamente relacionado con el concepto escriturario de las estampas, las escenas o las impresiones y cuyas señas han quedado grabadas en el elemento visual de más de una obra literaria venezolana. El carácter de este paisaje es ahora mental y ello determina gran parte de lo que este tratado de la lengua venezolana desarrolla. La conexión con Gallegos resulta inevitable en su reflexión vigorosa de una lengua que es mucho más que palabras y que va a entender como materia de comprensión dolorosa del país (la comprensión de Venezuela en su dolor). Asimismo, y aunque esto pudiera resultar una contradicción, Bermúdez recu-

rre al humor como vehículo privilegiado para interpretar y describir el español hablado en el país. Semiólogo de gran factura, aunque nunca hiciera gala de estos títulos, reunirá en un mismo relato la ironía bifronte de Venezuela: dolor y humor en lecturas enfrentadas para la salvación.

Algo de vida académica y literaria

Bermúdez se hizo profesor de castellano, literatura y latín en el viejo Instituto Pedagógico de Caracas, el año 1956. Allí ejerció hasta jubilarse un magisterio formal y de programa que luego lo acompañaría en esa inmensa cátedra que para él significó la calle, la gente, la vida misma. Si durante sus años en el Pedagógico se hizo maestro al lado de otros maestros (compañeros inolvidables llegaron a ser Augusto Germán Orihuela, Domingo Miliani, Oscar Sambrano Urdaneta, Rubén Darío González, Minelia de Ledesma y muchos más) y al lado de muchos de sus discípulos (algunos tan representativos como Edgar Colmenares del Valle y Luisa Rodríguez), los años que siguieron lo fueron muy ricos en la gesta callejera de su magisterio, en donde ya Bermúdez, en clase o fuera de ella (le quedaban unos cuantos años en la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello, desde 1976 hasta 1984), llevaría la enseñanza semiológica de nuestro tiempo y de nuestro mundo a todas las instancias de su actividad pública e intelectual: publicaciones, artículos de prensa, conferencias, investigaciones, participación en los medios (a los que llevaría sus dotes de experto en lo que los signos significan, durante años de trabajo en Radio Caracas Televisión, y su pasión por la literatura en momentos en donde la literatura pesaba más que hoy en nuestra pantalla chica), asesorías editoriales y tutorías académicas, entre tantísimas otras ocupaciones.

(continúa en la página 2)

“ Para Bermúdez no hay literatura sin intención de trans-superficialidad ”

Bermúdez, épico, lírico y dramático

(viene de la página 1)

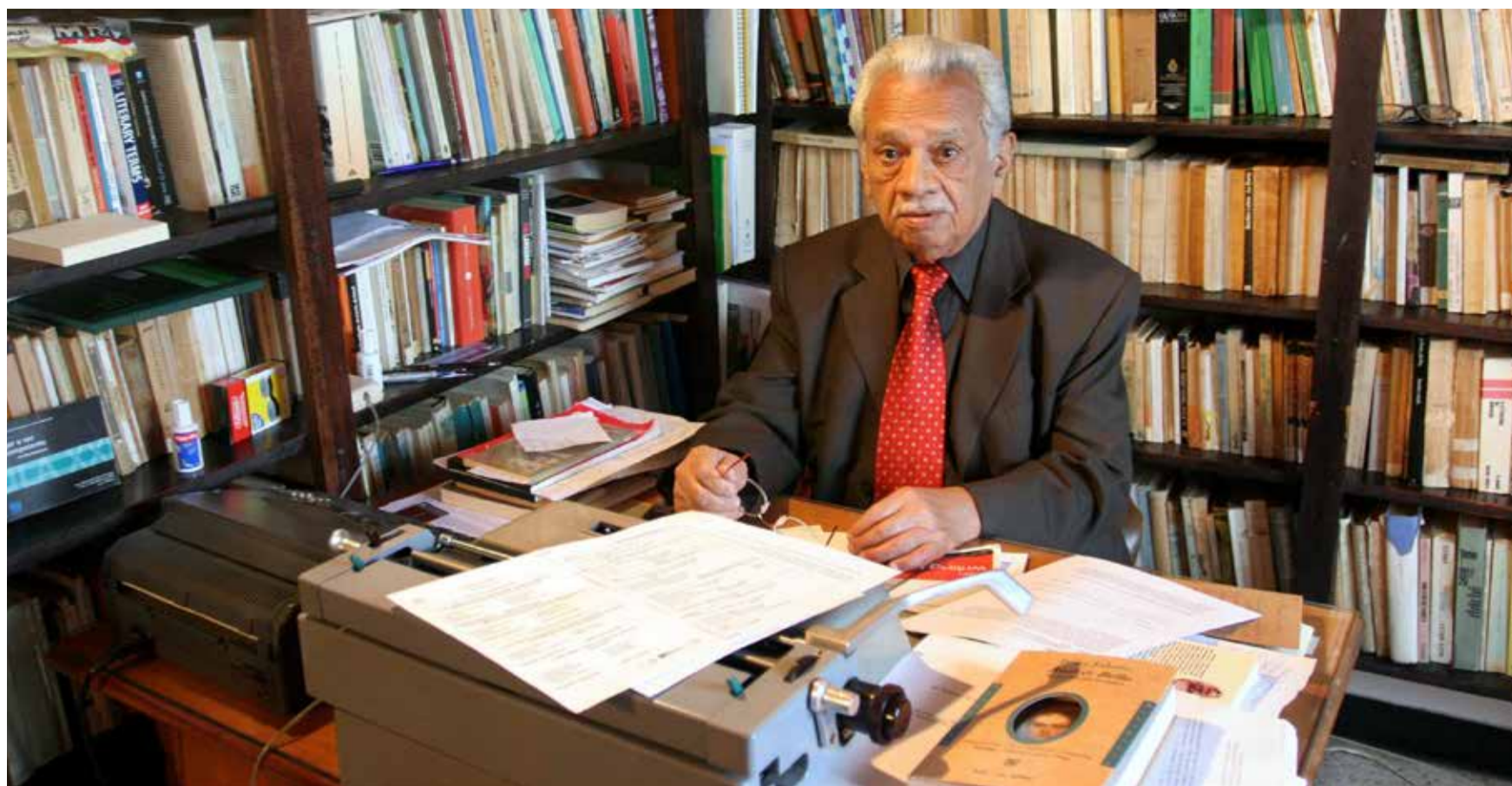
La circunstancia de haber crecido en un ambiente teórico como el del Instituto Pedagógico de esos años, portadores de la más aguda comprensión del "Análisis estructural" y de la más entusiasta admiración por sus cultores estrella (destacaría su veneración por los divinos Barthes y Saussure, a los que frecuentó hasta el último de sus días), hizo que se orientara por el estudio de los signos y que viajara a Italia, cuna indiscutible de la semiótica antigua y moderna (allí están para confirmarlo San Agustín y Umberto Eco), para estudiar Filología Moderna en la Universidad de Roma. El tema de su memoria de maestría anunciará lo que sería su posterior dedicación de estudio, ya ganada para siempre por la crítica literaria con énfasis en el análisis semiológico: *Tradición y vanguardia en la crítica literaria argentina* (1974), un largo trabajo de doscientas cincuenta cuartillas, inédito hasta la fecha, que Bermúdez completa con la tutoría del doctor Aurelio Roncaglia. En la Universidad de Urbino, en su Instituto de Lingüística y Semiótica, se especializaría en semiología literaria el año 1973.

Interesado por las tradiciones literarias, dará a la imprenta, ese mismo año 1974, su primer libro: *Tradición y Mestizaje*, un volumen de ensayos que publica el Instituto Pedagógico de Caracas y que reúne un texto sobre tradiciones literarias venezolanas y otro sobre la épica mestiza en el peruano José María Arguedas. Importa particularmente el primero de estos estudios pues asienta el análisis crítico y el recorrido histórico del tradicionalismo literario desde el siglo XIX y hasta los albores del XX. Reacio a entender los méritos de la literatura del *Boom latinoamericano* (llegará a descreer hasta de *Cien años de soledad*), desarrollará la tesis de que "por la vía de la tradición y la leyenda se llega a la Venezuela de lo *real maravilloso* sin hacer escala en la narrativa del *boom* contemporáneo".

El segundo de sus libros será *Cecilio Acosta, un signo en el tiempo* (1983), que lo destina a la magnífica serie El Libro Menor, de la Academia Nacional de la Historia. El análisis conduce a este príncipe decimonónico de nuestras letras por unos parajes en donde la ética política del intelectual supera la gestión de la literatura como actividad de evasión u ocultamiento. Sin declararlo, Bermúdez se ha fijado en los rasgos Laocoontianos del pensamiento de Acosta (un sacerdote que advierte sobre las desgracias que traerá al país el tirano Guzmán, el Blanco) y ha fijado con ello un primer asiento en esta lectura de la que el propio crítico será después parte muy activa.

Tres libros más completarán su bibliografía: *La ficción narrativa en radio y televisión* (Monte Ávila Editores, 1985), *Escaneo semiológico sobre textos literarios* (UPEL, 2000) y *Enciclopedia rústica de personajes insignificantes de Apure* (UPEL, 2005). Sin restar méritos a los otros, el último de estos títulos resulta trabajo maduro, erudito en saberes y una propuesta de narrar y razonar que junta con mucho virtuosismo la ficción y el ensayo, dentro de un paródico marco de ironía formal y de conocimiento verdadero de la literatura y de su gestión por contar y entender el mundo y a los hombres que lo habitan: un debate entre la grandeza cargada de gloria y la rusticidad más insignificante.

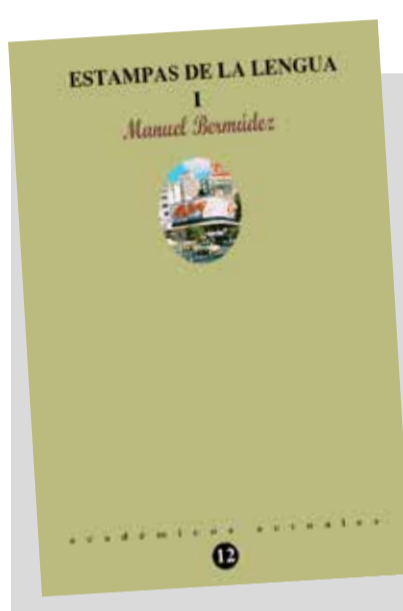
Por muy exclusiva que sea la producción bibliográfica orgánica de Bermúdez, hay que ir a la obra dispersa a buscar quizá lo mejor de cuanto escribió. Si pensamos así, nos encontraremos con un crítico profuso y consecuente con el oficio de escribir que, descreído de las banalidades de los escritores y de toda forma de celebridad, fue dejando sembrada por retazos su verdadera obra en numerosas revistas científicas y acadé-



MANUEL BERMÚDEZ / ARCHIVO EL NACIONAL

micas y, especialmente, en los suplementos literarios de muchos diarios venezolanos. Habría que recordar estas "Estampas de la lengua" que hoy se editan en forma de libro; y las permanentes colaboraciones para el *Papel Literario* en *El Nacional* y para otras publicaciones periódicas venezolanas y foráneas, que ojalá más adelante también se reúnan.

Provisto así de literatura y vida, Manuel Bermúdez llega a la Academia Venezolana de la Lengua para regocijo general, cuando su nombre y su figura ya son referencia nacional obligada de conocimiento sobre el idioma, sus signos y sus discursos. Ajeno a cualquier forma de purismo lingüístico, abogará por un español venezolano franco y noble, desprovisto de falsos atildamientos e imposturas. Leerá en su incorporación como Individuo de Número, el 28 de octubre de 2002, al ocupar el Sillón Letra E que fuera antes perpetua residencia sedente de Jerónimo Eusebio Blanco, José María Ortega, Francisco de Sales Pérez, Caracciolo Parra León, Edgar Sanabria, Vicente Gerbasi y Augusto Germán Orihuela, una pieza de abierta modernidad y de inteligente escepticismo: "La utopía de Internet y la paradoja de la comunicación", que inaugura en la anciana corporación una heterodoxia temática inusual en ella y que abrirá una brecha transitada más tarde por otros académicos. Deseándolo más que nadie, Manuel Bermúdez lograría llevar la calle a la Academia, cuando ya él era artífice consumado en llevar la Academia a la calle. Respaldo en esto por otros numerarios, sería este uno de los logros más permanentes con que Bermúdez contribuiría a reozar la institución y a vivificarla con la palpitante actividad de la lengua y con su renovada fragua de actualidad. Se implicaría tanto en este proyecto personal, apoyado especialmente por Oscar Sambrano Urdaneta y Alexis Márquez Rodríguez, que se compro-



PRIMER TOMO DE ESTAMPAS DE LA LENGUA POR MANUEL BERMÚDEZ

metería con el cargo de Secretario de la Academia desde el año 2005 y hasta el 2008, dejando también en ello memoria de originalidad y ruptura.

Épico, lírico y dramático

Son estas las tres palabras con las que Bermúdez cierra el último artículo de su columna y el último con el que se culmina también el penetrante libro que prologamos¹. Aluden, tanto a los tres grandes géneros literarios desde los tiempos helénicos, como a las tres situaciones en que los hombres se encontrarán incuestionablemente frente a la vida.

La referencia a estos tres términos como punto final de su obra no es una casualidad. Quiero ver en ellos las actitudes más persistentes en la vida, obra y pensamiento del maestro. Como hombre sensible y sensibilizado con la vida, Bermúdez pasó por cada uno de estos tres estados. Ellos nos refieren la narración de vida heroica, el tono de la belleza y la representación de la desgracia. Los asideros literarios de esta trilogía terminológica no sería difícil de referenciar en la obra docente, pública y literaria

de Bermúdez. No por casualidad fue su vida la de un educador. No por casualidad su voz se convirtió en la más autorizada para orientar los usos virtuosos y viciosos de nuestra habla venezolana. No por casualidad ejerció su magisterio semiológico para encaminar las producciones dramáticas en RCTV. Por último, nunca fue casual que en sus gestiones de escritor, tanto en las teóricas como en las críticas, este triplete de términos y de géneros estuviera actuando para ofrecerle a su escritura el particular talante que la caracteriza.

Durante sus años finales estaba acosado por una obsesión². Esta no era otra que hacerse con un ejemplar del célebre ensayo *Hacia la estación de Finlandia*, que Edmund Wilson había publicado al comienzo de la segunda guerra mundial. Sus últimos años fueron para Bermúdez unos en los que la idea de la historia pasó a ocuparlo agudamente, quizá porque la historia del país se estaba revelando con una crudeza como pocas veces se había conocido. Una y otra vez me recordaba en la antesala de alguno de mis viajes que si me tropezaba en mis pesquizas de librería con algún ejemplar de esta obra se la trajera, pues él mismo la había buscado persistentemente sin éxito alguno. Lamentablemente, no pude cumplirle el encargo. El libro se me presentó sin buscarlo en un remate en una librería de La Laguna, en Tenerife, cuando Manuel ya había fallecido³.

Esta obsesión revela su sentido épico, lírico y dramático. Voy a intentar explicarme. El libro de Wilson, dedicado a entender la forma en que se hace y se escribe la historia, ancla la narración sobre lo que los revolucionarios socialistas hicieron para alcanzar un mundo mejor; en clave crítica y pesimista. Son invocados para ello los nombres de historiadores, filósofos y actores como Michelet, Renan, Taine, France, Babeuf, Saint-Simon, Fourier, Owen, Enfantin, Marx, Engels, Lasalle, Bakunin, Lenin y Trotski, entre otros. Bermúdez, como Wilson, quien se había dedicado a estudiar el simbolismo y su incidencia en la literatura posterior, en ese precioso *El Castillo de Axel*, que tanto se leyó como culto en las escuelas de letras de todo el mundo, buscaba entender las paradojas que llevaban al fracaso a todos los intentos revolucionarios por combatir las más terribles tiranías, construyendo, a su vez, tiranías más atroces que las que se intentaba destruir. Está claro que el caso venezolano reabría esta discusión y por ello la preocupación de Bermúdez por el futuro del país estaba teñida con los tríplices tintes que en cada caso aportaban heroísmo, lirismo y dramatismo. Estas palabras de Wilson han podido ser las de un Bermúdez defraudado por sus iniciales credos políticos y atormentado por el desconcertante rumbo incierto de la Venezuela contemporánea; nuestra Venezuela: "No previmos que la nueva Rusia habría de conservar muchas características de la antigua Rusia: la censura, la policía secreta, el desorden originado por una burocracia incompetente y una autocracia todopoderosa y brutal".

derosa y brutal".

El aplauso

Termino como comencé, aplaudiendo el acierto de la Academia Venezolana de la Lengua y de su brillante presidente, Horacio Biorid Castillo, así como de su junta directiva, por auspiciar la publicación de este libro en su catálogo de ediciones. Libro que es obra póstuma de uno de sus más agudos numerarios y de uno de los venezolanos más irrepitibles. Especial reconocimiento por la tarea de acopio y transcripción de la querida Tarcila Briceño, viuda de Manuel Bermúdez, mi maestro y mi amigo. ☉

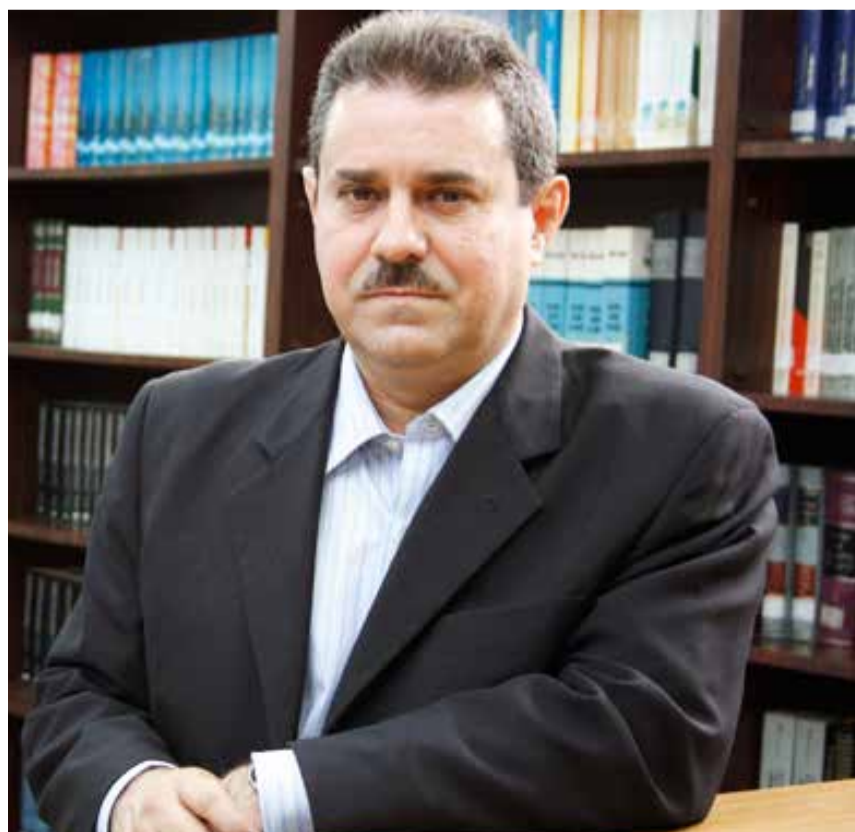
1. Anota el trinomio en su artículo "Se aflojan las clavijas del alma", en donde trata un tema tan natural para cualquier venezolano: los terremotos. Acaba de ocurrir el devastador de Cariaco de 1997 y lo relaciona con el de 1967, que en Caracas produce la mayor destrucción que recuerden los tiempos modernos. La figura del locutor y periodista Napoleón Bravo que enlaza los dos sucesos, viviendo uno y narrando otro. Bermúdez cierra el relato con el recuerdo más triste y allí nos ofrece el triple rasgo que mejor lo definirán a él como hombre de largo afecto: "Muchas veces, cuando tiembla la tierra, se galvaniza el espíritu; pero, cuando una plataforma de cabilla y cemento aplasta cuarenta niños en una aula de clase, se aflojan las clavijas del alma. Y eso es épico, lírico y dramático".

2. También lo estuvo por la idea de los "Caballos de Troya" en la vida nacional. Al momento de su muerte publiqué un texto titulado "Manuel Bermúdez y el doble Laocoonte", aparecido primero en el *Papel Literario* de *El Nacional*, correspondiente al 16 de enero de 2010 y, años más tarde, en versión definitiva, en el *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, N.ºs. 203-204-205 (2010-2012), pp. 239-244. En una y otra edición, alcanzábamos un resumen de esta recurrente mortificación por parte del profesor Bermúdez, fijada en los siguientes términos: "Durante los últimos años de su vida, Manuel recordaba constantemente a Laocoonte y advertía impaciente sobre los Caballos de Troya que cabalgaban libres por la geografía física y espiritual del país. Como el vate troyano, buscaba salvar lo que apreciaba ya irrecuperable en el progreso que el engaño hacía sobre la verdad y en el avance de la trampa sobre la honestidad. Me atrevería a decir que estos asuntos lo preocuparon tanto que a ellos dedicó las mejores horas de reflexión de su tiempo final y que sobre ellos hablaba sin desmayo o cada vez que la oportunidad le permitía proferir voces de alerta (o alaridos de horror como Virgilio hubiera preferido decir). Moderno Laocoonte, lo será también Bermúdez en su dolor y amor por Venezuela, tanto como aquél lo fue en su amor y dolor por la urbe más poderosa del Asia Menor, patria de Príamo y Héctor. El intelectual político que anidó en Manuel, fíngara viejo como se calificaba, entendió su mejor contribución del presente como advertencia sobre los engaños del poder, multiplicada en cada uno de los ámbitos de la escena pública".

3. Morirá en Caracas, el 15 de diciembre de 2009.

4. Edmund Wilson. *Hacia la estación de Finlandia*. Barcelona: RBA Libros, 2011, p. 11.

**Estampas de la lengua*. Volúmenes I, II, III y IV. Libro electrónico disponible en la web. Manuel Bermúdez. Academia Venezolana de la Lengua. Caracas, Venezuela.



FRANCISCO JAVIER PÉREZ / NOTITOTAL.COM

DIETARIO *Boleros*

Escribeme: un bolero tras las rejas

La cárcel encierra los huesos de los seres humanos, pero no puede ponerle barrotes a la magia de la mente. Y si a quien destierran a la sombra es a un poeta, imposible aprisionar su palabra entre rejas y paredes. Recordamos al alicantino Miguel Hernández, a quien las mazmorras franquistas no pudieron mellarle “su espada de la luz”. En un calabozo de Sevilla escribió sus hermosas *Nanas de la cebolla*, y otros grandes poemas. Pero si un poeta prisionero, es además músico-hablante, entonces no quedan nubes en el cielo que lo limita.

Era el año de 1953, Guillermo Castillo Bustamante, compositor, perseguido por la dictadura imperante en Venezuela, pagaba prisión en la cárcel de Ciudad Bolívar. Su tormento mayor era Inés, su mujer, también recluida como él, pero distante, en la cárcel de San Carlos. Único enlace entre ambos, la pequeña hija de la pareja —Inés como la madre— quien llevaba noticias escritas de uno y otro a sus respectivas prisiones.

Falto por alguna razón de novedades de su esposa e hija, Guillermo compone “Escribeme”. En su letra implora las “cartas” que rompen la soledad y nutren la “esperanza” del prisionero. “Más importantes que la misma vida mía” clama en este bolero que no envejece. Su sola mención de “cartas” sabe avivarnos la nostalgia de aquel bello hábito epistolar, hoy agónico, casi perdido. Acepta amoroso los “borrones” en los que Guillermo sentía el pulso de su hija y de su amada. Borriones imposibles hoy en la precisión de las teclas digitales que nos partieron el lápiz. “Escribeme” es la exaltación de la necesidad ancestral de comunicarnos, de leer palabras de los seres queridos. Qué importa que no sean más que “tonterías”, o, en última instancia, “malas nuevas”.

Ramón Peña

Mujeres en el bolero

Al hablar del bolero, siempre se dijo que la mujer solo era musa y fuente de inspiración de los compositores, sin embargo, la existencia de importantes compositoras y su llegada a los grandes escenarios mundiales desde tempranos años del siglo pasado, desdican esta afirmación.

Ernestina Lecuona (1882-1951), pianista cubana y hermana mayor de uno de los más consagrados compositores de principios del siglo pasado, Ernesto Lecuona, es la primera mujer que se conoce en la historia de este género como compositora. Algunos de sus boleros: “Anheló besarte”, “Ya que te vas”, “¿Me odias?”, entre otros. María Joaquina de la Portilla

Boleros de mi vida

Recuerdo a papá bailando despacito, como si todo fuera un bolero. Quizás de allí me viene la pasión por ese ritmo que ha marcado mi vida.

Miro por la ventana de la casa de El Paraíso en Caracas y veo un paisaje marítimo. En el picó suena “Tristeza Marina” en la voz de Leo Marini. El dilema en el que Margot sumió al marinero se hizo mío: “tienes que elegir entre tu mar y mi amor”. La valentía de aquel hombre para optar por el mar que era todo y nada, me hacía admirarlo. Los costos de la soledad, la tristeza infinita y abandono que tuvo que pagar me hacían llorar y las

lágrimas me sabían a mar. Todavía me saben así. Me gusta el mar.

Desde el bar de El Valle llegaba hasta mi cama la voz de Felipe Pirela con “El Malquerido” y yo no podía dormir con tanto sufrir: “Si yo pudiera borrar tu vida, la borraría”; el menosprecio de sí mismo: “pobre de mí porque al quererte me mal quería”; la conciencia de la traición: “soy malquerido por la mujer que yo más quiero”; y de la impotencia: “pero dejarla/por dios no puedo”. Así fue noche tras noche, por muchas noches infinitas.

Perdón

Se ha hablado mucho de “Linda”, la canción que popularizó a Daniel Santos. Y han circulado varias versiones. Como tuve tantas oportunidades de hablar con Daniel, le pregunté un día:

—¿Quién era Linda?

Sé que a esa pregunta ha respondido de todo. Pero en esa ocasión se quedó pensativo y de repente me comentó que veía en su mente el rostro de don Pedro Flores, el compositor. Estaba sentado en un banco, en una calle muy cercana al mar. Don Pedro le había pedido que lo acompañara y Daniel se hallaba a cierta distancia mirando la escena desde un lugar sombreado.

—Linda era la novia de don Pedro. Ella vivía en Santo Domingo, y ese día tenía una cita con él. Don Pedro la esperaba en una esquina, pasaban las horas y Linda no llegaba.

Entonces alguien se acercó y le dijo: “No la espere, que Linda se fue para Nueva York”. Lo había dejado plantado. Y entonces se puso a componer esa canción. Y yo la canté.

Para Daniel Santos la mayoría de las mujeres eran como Linda. Siempre le ha habido salido una

Linda. Sus matrimonios se acababan a veces el mismo día de la boda. En muchas ocasiones tuvo que pedir perdón, casi desafortadamente, y por eso le gustaba cantar esa canción: “Perdón”, que de alguna manera me envolvió también en su magnetismo. Aunque de un modo menos dramático.

A dos días de iniciarse el carnaval, Daniel Santos me invitó a un ensayo a las diez de la mañana. Tenía una botella de *whisky* al lado de su silla. Cantaba “Perdón”. Tuve que lanzarme a beber con él. Su voz se mantenía clara y metálica. Aunque ya no poseía la fuerza contundente de la garganta joven. No sostenía mucho tiempo una nota: la cortaba y ya está. “Per-dón vida-de-mi- vida”. Me emocioné porque podía verlo y escucharlo a medio metro. Dominé las ganas de aplaudirlo a mitad de canción y derribé la botella. Exclamé, automáticamente “¡perdón!” mientras trataba de que no se derramara el *whisky*. Daniel siguió cantando, pero en cierto momento cantó así: “per-dón, si no lo has bo-ta-do...” y sonreía.

José Pulido

A Estelita del Llano la escuché al marcar teclas en la rockola de bares en la avenida Baralt. Todavía no alcanzaba los 18 pero parecía más grande y me servían cervezas. Entonces, escuchaba una y otra vez: “Tú sabes lo que siento si estás junto a mí/ tú sabes que tus besos me hacen sentir/ un raro cosquilleo que no sé definir... / Yo sé que tú me entiendes lo que quiero decir...” Estelita era mi cómplice. Esa letra me despertaba el cosquilleo que ya sentía y se quedó conmigo para siempre como las letras de mis boleros.

Leoncio Barrios

Parece que fue ayer

Me he dado cuenta de que en mi transitar por la música voy sintiendo más respeto por la trascendencia de la obra, que por su historia patria. Celebro más el bolero como una coincidencia latinoamericana que como un invento cubano. Me pasa lo mismo con el *jazz* y el *rock*. Son fenómenos que trascienden su origen.

Si nos dieran a escoger un ícono del bolero, inmediatamente pensaríamos en “Bésame mucho”, de la compositora mexicana Consuelo Velázquez.

Uno de los boleristas más populares es el chileno Lucho Gatica.

Quién no escuchó en una taguara “Rondando tu esquina” y “Nuestro juramento”, del ecuatoriano Julio Jaramillo.

“En un rincón del alma”, del argentino Alberto Cortez, fue un suceso en la voz del brasileño Miltoninho; y en Venezuela la gente se enamoraba oyendo a Felipe Pirela y Estelita del Llano.

El bolero ranchero de José Alfredo Jiménez invadió Latinoamérica a través del cine en las voces de Pedro Infante y Jorge Negrete. Y en un mundo aparte Toña la Negra, Agustín Lara y más tarde Armando Manzanero.

He acompañado a ídolos como Marco Antonio Muñoz, Roberto Ledesma, Vitín Avilés, Chucho Avellanet y Olga Gillot, quien no cantaba sin su pianista Juan Bruno Tarraza, compositor de “Besar” y “Ya son las doce”, clásicos en la voz de Tito Rodríguez.

A mi *brother* Nené Quintero le decía que a veces, cuando echo un cuento de la carretera que involucra a una figura importante, he sentido que me ven como un “charlatán”.

“Yo por eso nunca cuento nada”, me dijo Nené.

Benny Moré, Bola de Nieve, Daniel Santos, el Trío Matamoros son parte de mis preferencias, más allá del bolero y de Cuba.

El bolero tuvo la buena suerte de ocurrir antes de que “los chicos de *marketing*” allanaran los estudios de grabación.

Elsy Manzanares F.

Ezequiel Serrano

Alma, corazón y vida

“Ya son las doce y no llega me hará lo mismo que ayer”: la desazón en el mero centro del pecho. El diafragma se contrae y vienen los sobresaltos del órgano palpitante y vital que nos sostiene. Estas emociones o sensaciones en los movimientos sístole y diástole son, “quizás, quizás”, la mejor evidencia de que allí habita el alma. Ciertamente, este fue un concepto muy poderoso durante siglos, que ha ido cambiando con los años por numerosos estudios científicos, hasta llegar a manejar la hipótesis de que la residencia del alma es el cerebro.

Pues, en el universo del bolero, el alma está en el corazón donde asienta el delicioso tormento del amor, con su incontable gama de circunstancias: el flechazo, la plenitud, el olvido, el deseo, la tristeza, la vergüenza, el desamor, la venganza, la incertidumbre. “Ese bolero es mío... y su música sentida se clavó en mi corazón”; “Yo vivo enamorado de ti porque llevas en tu alma una canción, porque guardas un cariño para mí en el fondo de tu amante corazón”; “Sin un amor el alma muere derrotada, desesperada en el dolor, sacrificada sin razón...”; “Frío en el alma desde que te fuiste, sombras y angustias en mi corazón”; “Este amor delirante que abraza a mi alma, es pasión que atormenta a mi corazón”; “Y no se puede tener conciencia y corazón”.

En el corazón alabado por el bolero se alberga también al ser amado, “es que te has convertido en parte de mi alma, ya nada me consuela si no estás tú también”. “Somos dos almas que en el mundo había unido Dios...”.

Y es que el bolero es “esta canción que lleva alma, corazón y vida y nada más, alma para conquistarte, corazón para quererte y vida para vivirla junto a ti”.

Tania Ruiz Tirado

Ese bolero es mío

Nunca tuve la oportunidad de disfrutar la existencia física de Felipe Pirela. Yo seguía siendo una niña cuando tuvo lugar su muerte trágica en Puerto Rico aquel aciago 2 de julio de 1972. Yo era apenas una cría, ¿a santo de qué una criatura de 8, 9 o 10 años iba a extasiarse escuchando “Por la vuelta”, “Cuando estemos viejos”, “Únicamente tú” o “Lo que es la vida”?

Sin embargo, cuando los días y las noches de la infancia transcurren bajo el arrullo de la música popular latinoamericana y del Caribe, es fácil hacerse viejo acabando de nacer si es que los padres escuchan siempre a Toña la negra, a Panchito Risset, a Alberto Beltrán, a Agustín Irusta, a Carlos Gardel o a Carmen Delia Dipini.

En esos casos, la estética del despecho y la lírica del desamor se inoculan en la mamila, en el beso de las buenas noches, en el Dios te bendiga, hija... Y uno dice a crecer entendiendo que amor se escribe con llanto en el diario amargo de mi desconsuelo.

Ya crecida, y hecha a la idea de que los modos de amar varían según las regiones del planeta, entendí por qué a Felipe Pirela no solo se le llegó a conocer como “La estatua que canta” sino también como “El bolerista de América”: porque incluso después de muerto ¡cada día canta mejor!

Yo era una niña cuando aquel zuliano recibió los 5 disparos que cegaron su vida al mismo tiempo que lo convirtieron en leyenda. Recordaré por siempre el revuelo generalizado en mi familia, en Venezuela, en América Latina... Hoy, cada vez que lo escucho, esté yo feliz o esté triste, lo único que puedo pensar en que ese bolero es mío. Su letra soy yo.

Eritza Liendo

*Esta entrega del Dietario Boleros ha sido producida por Elsy Manzanares.

Es como tener en nuestra casa un altar en el que colocamos no solo las películas que nos han hecho palpar de emoción sino, principalmente, los boleros que acariciaron nuestras mejores ensueños. Los primeros boleros aparecen cuando el resplandor de nuestras vidas es apenas un soplo de desvaída coloración que, sin embargo, va acrecentándose en intensidad a medida que continuamos escuchando a Juan Arvizu o a José Luis Moneró cuando cantaba Sin ti con la orquesta de Rafael Muñoz y comenzábamos a dejar de lado la timidez y la inseguridad amorosa

del adolescente y se iniciaba el contacto físico con la chica del barrio y cierto jugueteo febril que se mecia en los compases del bolero que nos envolvía con las voces de Bobby Capó o Leo Marini.

Era un tiempo en el que apuntaba un inútil bigotico sudamericano y ciertos gestos y ademanes que prefiguraban al futuro macho venezolano de ronca voz y desplantes que resultaban lo contrario de los amores silenciosos y distantes propios de los débiles colores adolescentes.

Descubrí que el bolero resultaba ambivalente porque alimentaba las

esperanzas y deseos del amor y de la aventura, pero también estimulaba y fortalecía el desamor, el despecho y los desengaños. El desdichado rogaba a Dios que interviniese y aconsejara a la desdénosa que volviese.

Lo dejé escrito para que el mundo supiese de mis insomnios y fervores: me desvelaban las trasnochadas canciones de Agustín Lara, desvivía por el Trío Los Panchos y los éxitos de Lucho Gatica; buscaba abrazar a la muchacha mientras la dulce voz de Rafa Galindo y la orquesta de Billo Frómata nos acariciaba, pero la belleza no solo de su voz sino de

la esbelta figura de Alfredo Sadel ocupaba todo el espacio.

Vi cómo tomaba vida una bella muñequita de Esquire y no pude evitar que la niebla del riachuelo me amarrara al recuerdo y no me importaba que quedara el infinito sin estrella y perdiera el ancho mar su inmensidad porque estaba seguro de que, en la mujer amada, el negro de sus ojos y el color canela de su piel permanecerían intactos.

¡Porque intacto permanece también en mi memoria el amor que el bolero encendió en mi corazón!

Rodolfo Izaguirre

ANIVERSARIO >> A PROPÓSITO DEL CENTENARIO DE EUNICE ODIÓ (1919-1974)

Eros y divinidad: Eunice Odio

ALFREDO PÉREZ ALENCART

Ser sin parecer

Gran veedora universal esta *resplandeciente* dama de sangre y no de aire, pura trashumancia trasviendo dos mil años con Amor escrupuloso por la Divinidad que está al fondo del alma y por el Eros de las bellas alegrías, del contacto que no se inventa, del sexo en connubio con el Amor, de la ternura que empareja sin beatitudes ni estériles desenfrenos. Ella, que mucho quería ser siempre niña (“Ser niña / que cayera de pronto / dentro de un tren con ángeles, / que llegaban así, de vacaciones / a correr un poquito por las uvas, / o por nocturnos / fugados de otras noches / de geometrías más altas”), constata lo difícil de tal anhelo, semejante a la inocencia que Jesús quería para los suyos, esos niños-grandes que cuidaba. En tal sentido, la poeta de San José y del Distrito Federal, ejes de su vida y muerte, concluye: “Pero ya, ¿qué he de ser? / Si me han nacido estos ojos tan grandes/ y esos rubios quereres de soslayo. // Cómo voy a ser ya / esa que quiero yo / niña de verdes, / niña vencida de contemplaciones, / cayendo de sí misma sonrosada, / ...si me dolió muchísimo decir / para alcanzar de nuevo la palabra / que se iba, / escapada saeta de mi carne...”. Y ella también hace uso de una prosa exquisita para marcar los límites por donde el poeta ahonda: “El poeta anda buscando a Dios y solo lo encuentra en el fondo de todos los hombres. Y solo es poeta cuando sabe lo de todos los hombres posibles; y lo sabe solo cuando los ama inmensa y apasionadamente”.

La más notable poeta en lengua castellana del siglo XX es (fue, será por mucho tiempo) la poco conocida Eunice Odio (1919-1974). Murió como mexicana, aunque antes había sido guatemalteca y eso sin olvidar que a Costa Rica le corresponde ser su patria de nacimiento. Por ahí se le acercan, en cuanto a altas voces poéticas, la argentina Olga Orozco (1920-1999), la venezolana Ana Enriqueta Terán (1918-2017) o las uruguayas Orfila Bardesio (1922-2009) y Circe Maia (1932), más algunas otras pocas que están al margen de nombradas espurias, ajenas al milagro de la bendita Poesía.

Pero, como viene sucediendo con frecuencia, la misteriosa y espiritual Eunice sigue aprovechándose de la ignorancia casi generalizada de tanto erudito metido a antólogo, para así escabullirse victoriosamente de espigues epidérmicos o menciones a la ligera, como la del catalán Pere Ginfrer quien, con pose de sabiondo, la torna brasileña sin parpadear o ruborizarse siquiera. Años atrás, Humberto Díaz Casanueva (Chile, 1906-1992) perfiló los rasgos generales de esta cretinez: “...ignorada, incomprendida, inédita, no tiene siquiera una página en las pomposas, vulgares y comerciales antologías de los últimos años, que repiten y repiten nombres, exaltan e hinchan figuras, las más llamativas, las proyectadas como dentífricos de moda, prefiriendo la popularidad, el lugar común, a las dimensiones fundamentales y que ofrecen ciertas dificultades porque sacuden la pereza del lector”.

Sorbos de fuentes sagradas

Cierto, le digo al buen poeta chileno, autor de *La estatua de sal*, si se refiere a lectores que no se han acercado a las Sagradas Escrituras. Pero todo lector de la Biblia y de la mejor poesía, tanto mística como amorosa, sabría reconocer de inmediato la grandeza de una escritora que ha bebido de la mejor literatura bíblica y que, sin vergüenza alguna, cita pasajes de los Salmos, del libro de Job, del Génesis...

Eunice Odio sigue la estela del *Cantar de los Cantares* y del *Cántico Espiritual*; de Salomón o el escriba anónimo celebrante del amor carnal y de Juan de Yepes, que versionó al primero para obtener el zumo supremo del misticismo hispano. Para mi gusto, la casi anónima costarricense-guatemalteca-mexicana es la tercera en la línea de sucesión. Dos libros le bastan para ello: el erotismo con tendencia a lo divino, lo trascendente, lo místico de *Los elementos terrestres* (1948, Premio Centroamericano de Poesía) y el cántico a lo divino desde la pasión humana, de *Tránsito de fuego* (1957). Leamos unos aperitivos, extraídos del poema “Posesión en el sueño”, primero de los ocho cantos que componen el libro de 1948:

“Ven Amado
Te probaré con alegría.

Tú soñarás conmigo esta noche.

La semana pasada, en el marco del XXII Encuentro de Poetas Iberoamericanos, se ofreció un homenaje a Eunice Odio, poeta, periodista, ensayista y crítico de arte, tempranamente fallecida



RETRATO DE EUNICE ODIÓ / MIGUEL ELÍAS

Tu cuerpo acabará
donde comience para mí
la hora de tu fertilidad y tu agonía;

y porque somos llenos de congoja
mi amor por ti ha nacido con tu pecho,
es que te amo en principio por tu boca.

Ven
Comeremos en el sitio de mi alma.
(...)

Coincido con Peggy von Mayer, editora de las obras completas de Eunice Odio (Universidad de Costa Rica y Universidad Nacional, San José, 1996, tres volúmenes), cuando entiende que este poema está basado en el prólogo al Evangelio de San Juan y, en tal sentido, realiza una magnífica interpretación de *Tránsito de Fuego*, vinculándolo a la esencia crística y al logos Creador. Pero entiendo que también hay dosis de Juan de la Cruz (o de Yepes), ciertas porciones de Platón (de su diálogo *Ion o de la poesía*), además de ecos del profeta Isaías (49,1), como cuando Eunice escribe: “Desde antes de nacer mi faz estaba escrita/ con la cifra que hace crecer, / la que ata y desata lo venido, / la que trae lo ido para siempre”. Y también, para remarcar este segundo ámbito medular, anotemos otro fragmento de *Tránsito de Fuego*, título que, creo, está emparentado con la venida del Señor con el fin de bautizarnos “en Espíritu Santo y en fuego” (Lucas 3:16), sintiéndose la poeta una semejante de Juan el Bautista, cual “antorcha que arda y alumbraba” (Juan 5:35):

“¿Dónde empiezas, levadura de mi alma,
en qué peso de Dios,
en qué palabra?

¿En qué vocablo donde no te nombra
nada de lo terrestre?

¿Cuál ángel invariable te gobierna?

He aquí que te me entregas, suavidad vigilante,
ala sujeta, vuelo edificado,

y lo que ahora me das
no es más que un movimiento de tu reino.
(...)

Mía es la lucidez con que te alzas,

me pertenece lo que vendrá de ti,
lo que ha venido”.

Sacrificio y pobreza del poeta

Abundando sobre sus anclajes en el Libro de los Libros, ¿quién que haya leído la Biblia podrá decir que Eunice Odio no bebe de Apocalipsis (4 y 5, por ejemplo), cuando dice: “Los veinticuatro ancianos con sus copas de nardo / y el cuerpo en actitud de manantial; // Él al centro del aire/ rodeado de los cuatro animales coronados, / sobre su frente, / anidando, la paloma”. Acaso algún cristiano estaría en desacuerdo con ella, cuando hace decir al Cristo-Poeta del texto: “Para llamarme hermano hay que nacer entero; / y estos nacieron poco”.

Eunice sabía del mendigo, del miserable, del que nada tiene aparentemente: Cristo, el Ion, el Poeta, el Miguel Arcángel de *Tránsito de Fuego*. Ella murió en la pobreza absoluta, bastante denostada por una intelectualidad que la aisló por sus críticas al castrismo y a los fanáticos de las ideologías, especialmente de las llamadas ‘izquierdas’ (Recuérdense artículos suyos en la prensa mexicana de principios de 1963, con títulos tan llamativos como “Fidel Castro: viejo bailador de la danza soviética”, “Cuba, drama y mito”, o “Lo que quiere Moscú y defiende Sartre”). Y es que Eunice fue una dama rigurosa consigo misma, nunca claudicante con las mediocridades del espíritu y de la pléyade materialista. Aquí su ideario al respecto: “¿Para qué quiero ser rica si puedo ser poeta? Dios sabe que preferiría pedir limosna, si fuera preciso, antes que me fuera negado el gran ‘don carismático’. Si me dieran a elegir, entre formar parte de los poderosos de la Tierra y ser parte de los que pueden dar vida nueva a la palabra, ni un momento vacilaría. Y si me dijeran que

me dan un gran poema a cambio de la miseria extrema, y que solo *un poema grande*, elijo el poema grande, aunque solo sea *Uno*. Así ha sido desde que descubrí que la poesía no era en mí una ‘afición’ sino un destino implacable”.

En otra de sus misivas dirigidas a Juan Liscano, poeta, amigo y editor venezolano, uno de los pocos que en vida supieron captar la inmensa valía de Eunice (recuérdese que él publicó textos suyos en la revista *Zona Tórrida* e hizo el prólogo y la edición realmente rescatadora, titulada *Eunice Odio. Antología: Rescate de un poeta*, (Monte Ávila, Caracas, 1975), ella se sincera con unas palabras que no pueden desoir los creyentes cristianos, aunque en este caso estén referidas específicamente al quehacer poético: “Los poetas tenemos que ser más humildes y sacrificar *Eso*: detenernos menos en nosotros y mirar atentamente todo lo que nos circunda. En *El Tránsito de fuego* inventé una palabra: Pluránimo. Si un poeta no es la suma de todas las ánimas, va mal. ¿Y cómo se puede ser eso, si te dedicas a las grandes abstracciones, que te alejan de la carne dolorida de Adán, y te llevan, solo a ti, a los planos de la Divinidad? El poeta tiene el secreto del ser del hombre y le dice al hombre como es él, y cómo es Dios. Pero solo tiene ese secreto cuando, literalmente, entra en el hombre, calla, cuando llega a poseerlo, cuando es el más *Verdadero* y amante prójimo –o próximo– del hombre. Y cuando eres dueño de esos secretos es que estás en Dios. Y se acabó...”.

He aquí otras muestras de su profundo pensar: “Se puede decir que lo único que quiero en este mundo es realizarme humanamente, para lograr realizarme en la poesía tal como la entiendo. No sé por qué creo que en esto último está la clave. Siempre he creído que la poesía es *una puerta*...”. Y amplía su concepción acerca del brote, de la recreación: “El poema no es un conjunto de ideas y palabras sino un orden substancial. Un poema es la acción del Verbo. De ahí que sea imposible analizarlo, aislar hasta el último de sus acordes”.

Poesía y Biblia

Eunice Odio también es autora del poemario *Zona en Territorio del Alba* (1953), de algunos cuentos y de muchos artículos sobre arte y literatura. Principalmente. Pero, por si queda alguna duda de su pensamiento creador arraigado en lo cristiano, me permito copiar parte de una extensa carta a Liscano, donde expone sus conocimientos bíblicos en relación con la actitud del poeta: “El problema de la inidentificación metafísica tiene su raíz en la falta de fe. Si los judíos hubieran ‘creído’ que era verdad lo que *veían*, hubieran identificado correctamente al Cristo por lo que era: Cristo el Mesías y no *otro*; Elías el profeta, y no *otro*. Como no creyeron, porque es cierto que la verdad obvia es difícil de creer –tal vez porque es la luz, y esta ciega a los que no la merecen, para que no la vean y no tengan vida eterna–, toda identificación era absolutamente imposible. Sostengo que la vida de la Biblia le habla al poeta y, a la vez, habla de él. (Por poeta entiendo a todo el que crea, aunque nunca escriba ni un poema). La poesía y el poeta se ven afligidos, también, por el problema de la *inidentificación*. Todo aquel que crea se ve, en menor grado, o en mayor grado, afectado por él, ya sea en alguna parte o en todas partes. El creador extraordinario, el arquetípico, es el más *inidentificado* de todos –a mayor poesía mayor luz; por lo tanto deslumbramiento y ceguera general–. Nadie cree que es lo que es y, por lo mismo, la identificación es imposible. Se acostumbra demasiado a verlo, porque parece igual a todos los hombres. ¿De dónde tiene este esta sabiduría y estas maravillas? ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María?, ¿y sus hermanos Jacobo y José, y Simón y Judas? ¿Y no están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene este todas estas cosas? Y se escandalizaron en él. Mas Jesús les dijo: No hay profeta sin honra sino en su casa y en su tierra. Y no hizo allí muchas maravillas, a causa de la incredulidad de ellos’. (S. Mateo 1, 54-55-56-57-58). Y como a Elías, el profeta, al poeta lo tienen ‘en nada’ y lo hacen padecer. Y, muchas veces, como a Cristo, lo matan. ¿Que en estos tiempos ya no sucede? Yo he visto morir a más de uno, sin contar a César Vallejo. Murieron de abandono y de dolor espiritual, como Vallejo, que es un caso extremo”.

(continúa en la página 5)

MEMORIAS >> A PROPÓSITO DE LA RECIENTE EDICIÓN DE GRAMÁTICA DEL ALUCINADO, DE HESNOR RIVERA

Hesnor Rivera (1928-2000) fue poeta, crítico, periodista, fundador del grupo Apocalipsis y profesor universitario. Autor de una extensa obra poética, en 1979 fue reconocido con el Premio CONAC de Poesía Francisco Lazo Martí



HESNOR RIVERA / ARCHIVO EL NACIONAL

CELALBA RIVERA COLOMINA

Lo recuerdo como un hombre extraordinario. Es cierto que su vida parecía una invención literaria, y que él mismo se empeñó –con mucho éxito– en “literaturizar” su infancia y su juventud, quizás como una forma de exorcismo o redención. Tuve la suerte de crecer entre su realidad y su ficción: a la vez que al personaje, poeta, cosmopolita, periodista, conquistador y alma de la fiesta, disfrutaba del padre, el que nos llevaba a las librerías y a los zoológicos, al estadio de béisbol y a su casa del Poniente; el que nos paseó por la calle Ciencias y por el mundo. A su lado me senté casi todas las noches de mi vida a ver Bonanza, Kojak o Baretta, a hablar de las constelaciones y a esperar en silencio a que nacieran los poemas. Eso tuve, un padre enorme y humano.

Escribía todos los días. Todos, religiosamente, aunque llegase tarde del periódico, e incluso después de las noches de parranda. Se ponía el pijama, una bata de seda azul –también tenía otra granate, y en los últimos años una a cuadros–, se servía el primer whisky Old Parr, Dimple o Johnny Walker, según las épocas, y se sentaba en el sofá del saloncito familiar a escribir. Escribía a mano, con su pluma, en libretas grandes timbradas con su nombre; pero no pocas veces tuve que transcribir poemas nacidos en servilletas del restaurante chino o de Mi Vaquita, posavasos de bares y facturas. Podía estar en silencio o

ir recitando en voz alta; y no era raro verlo escribir con algún combate de boxeo, un partido de béisbol o las carreras hípicas de fondo. Lo cierto es que escribía muchísimo, pero no todo acababa pasado a limpio.

Hesnor no era un usuario sino un amante del lenguaje. Del suyo y del de los demás, de la Lengua con mayúsculas, en la poesía, en la docencia y en el periodismo, pero también en la conversación y en la lectura. Pasamos muchas tardes hablando sobre el préstamo de recursos entre el lenguaje periodístico y el literario, pasó él muchas mañanas de domingo corrigiendo trabajos de alumnos o leyendo textos de concursos en los que era jurado. Esos días amanecía con una pila de poemarios sobre la mesa

del comedor y los iba dejando caer en dos montones al suelo. El de los seleccionados apenas crecía. Mi hermana y yo, debajo de la mesa, leíamos a los condenados y le decíamos: “Pero en este hay una buena intención”, solo para oírlo contestar con su *leitmotiv*: “De buenas intenciones está empedrado el camino al infierno”. “Papá, este autor tiene muy buenos sentimientos”, insistíamos. Y él, recordando a Gide, soltaba aquello de: «Con buenos sentimientos se hace muy mala poesía; compra postales, regala flores y dulces y cobres, pero, ¡caray, no escribas poesía!”. Y no hablaba desde la soberbia, sino desde el amor por las palabras en ese momento dolorosamente traicionado. En fin, si algo sé de poesía –que es completamente ajena a las buenas intenciones y a los buenos sentimientos– se lo de-

bo a aquellos días. Y si algo enseña su obra –aunque tampoco sea el propósito de la poesía enseñar nada– es la generosidad con la palabra, el acto de amor que es enriquecer el mundo a través de la imagen, la necesidad de escribir intensa y desbordadamente.

Cuando me fui de Maracaibo en 1994 Hesnor era un poeta respetado, pero como poeta vivo era aún discutido. Después de su muerte, con la obra cerrada (o aparentemente cerrada, porque hay mucho material inédito en casa de mi madre), supongo que ya no hay nada que decir en torno a la solidez y monumentalidad de su poesía. A pesar de la desidia y de la falta de recursos que lastraron siempre la promoción cultural en el Zulia y en Venezuela, agravadas ahora por la ge-

neralización de la ignorancia como *desideratum* revolucionario, me parece admirable ver que una generación de creadores y docentes que fueron sus alumnos se ha empeñado en un doble camino: por un lado, seguir difundiendo su obra; por el otro, y esto me gusta más aún, tratar el lenguaje poético y la imagen con los recursos estéticos que él nos puso a disposición una y otra vez en cada poema. Esa es la manera de no olvidarlo. ☉

*De la entrevista Hesnor Rivera “parecía una invención literaria”, por Valmore Muñoz Arteaga. En el blog *País portátil*. 31 de julio de 2011.

*El texto anterior forma parte del libro *Gramática del alucinado y otros poemas inéditos*. Hesnor Rivera. Fundación La Poeteca. Caracas, 2019.

Eros y divinidad: Eunice Odio

(viene de la página 4)

España y México

Cuando España se desangraba, ahí está la voz de Eunice, solidaria con los sufrientes. En su poema “Nube y cielo mayor”, ella saluda al miliciano de esta forma: “... Porque cuando en España / los arzobispos desfondaban a Cristo/ y le pateaban el muslo y los dedos largos,/ tú estabas con el rostro dividido/ y con el sexo lleno de semanas / eternamente oscuras./ Porque cuando los militares de medio rostro /mutilaban la era embarazada / y se masturbaban la mente con un paraguas, / tú estabas cerrado a todas las sangres, / parado sobre todos los asaltos, / y tu cuerpo de suave corola destituida / tenía una voz para tu mismo cuerpo...”

Le dice al miliciano español “poblo hermano nuestro”, que los americanos están “mostrando el tanto de brillo de una lágrima”, porque su España también es de ella y es de todos. Después de la cainita guerra, en Guatemala Eunice tiene contacto con el exiliado Eugenio Granell y escribe el bello poema “Natalia, la niña del pintor Granell”. Nunca conoció España, pero sí vivió en Nicaragua y en los Estados Unidos, además de Costa Rica, Guatemala y México.

Y tratándose de México, país del que

quiso ser ciudadana, qué mejor homenaje que el expresado en su ensayo titulado *En defensa del castellano*, donde declara: “¿Habrá que añadir que México es el colmo de la pasión, la sensibilidad y el misticismo?”. Desde 1962 hasta su muerte fue mexicana, en cuya capital subsiste haciendo traducciones del inglés o publicando artículos y ensayos en revistas especializadas. También recibe ayuda de artistas como Tamayo, Sequeiros, Rivera o Cuevas, pero ella, aunque sus años finales fueron de extrema soledad e indigencia, nunca quiso desprenderse de esas obras originales, prueba de su dignidad y de su desafecto a las codicias materiales.

A su muerte, el poeta mexicano Efraín Huerta, escribe: “Eunice duerme./ La noche se eterniza”. Pero antes, mucho antes y en carta a Juan Liscano, Eunice no duda en sonreírse del propio Octavio Paz, entonces Repartidor de privilegios y canonjías: “Y luego resulta que yo nunca creí en serio, eso de que tenía que morirme... ¿Sabes quién sí está seguro de eso? O. Paz. Un día me dijo en el colmo de la solemnidad y la seriedad: “Tú, querida, eres de la línea de poetas que inventan una mitología propia, como Blake, como Saint-John Perse, como Ezra Pound; y que están fregados, porque nadie los entiende has-

ta que tienen años o aún siglos de muertos’. ¡Qué consolador! Y ahora se va a dar un quemón. Como profeta es una pantufla, quizás porque no es cierto que yo haya ‘inventado una mitología’. Todos esos personajes son arquetipos de la vida; seres vivientes y padecientes, no dioses semejantes a los hombres, sino *elegidos* parecidos a los dioses. Todo esto no tendría que explicártelo si leyeras o, mejor dicho, hubieras leído, el último libro que he publicado, o sea *El Tránsito de Fuego*. Entonces verías que ese libro lo escribió un intelecto activo...”

Tránsito al desolvido

Alberto Baeza Flores, chileno, fue de los primeros en creer en la poesía de esta heredera de Salomón y San Juan de la Cruz. También están por ahí Rima de Vallbona o Alfonso Chasse. Y qué decir de Carlos Martínez Rivas (Nicaragua, 1924-1998), cuyo largo poema titulado con el nombre de la poeta, lleva como epígrafe lo contenido en Éxodo 33,20. Aquí un fragmento: “... Por eso, para hablar de tu cabello, quise/ resistir hasta ahora, para decir/ que está detrás de ti como un árbol/ y como un árbol mucho follaje y sombra esparce./ Para ocultarnos lo que nos haría enrojecer y temblar: / el ajeteo de los ángeles, las poleas de lo monumental, / y a

Dios mismo en plena tarea, con las dos / medias lunas de sudor alrededor de las axilas. // A veces a ti misma te equivocamos./ Tratamos de cubrirte con palabras/ y adjetivos espléndidos, por temor/ a ver entre tus pliegues algo de lo desconocido./ pues, ¿qué enorme compromiso no traería/ haberlo visto aunque fuera una sola vez? Por temor/ a conocerte demasiado, de llegar/ a ser demasiado de ti y entrar en relación/ con lo que ¿quién nos dice cuánto no sería capaz de exigir?...”

Eunice era una cristiana heterodoxa, posiblemente con más de cien defectos. Pero también nos legó una obra maravillosa y un ejercicio de la ética que poco practican hoy en día los cristianos que se estiman ortodoxos. Una fe en el poder del Espíritu; una fe en lo místico que no se arrastra por bienes y prebendas. Un creer en la puerta estrecha, en Dios. Es reveladora una anécdota que ella cuenta en carta a Juan Liscano. Dice que creyó ver a una mariposa blanca volando a medianoche, y prosigue: “No, Juan. Las mariposas blancas o de colores luminosos, duermen de noche, como los pájaros... ¿Fui víctima de una alucinación? Puede ser. ¿Hay alguien que pudiera asegurarme que eso fue lo que ocurrió? Sí, un ángel del cielo. Y ellos, como sabemos, no se meten con cristianos tan desventurados como yo... La verdad es que nun-

ca sabremos si vi una mariposa que existe en algún plano distinto del nuestro... En todo caso fue hermosísimo y confortante, aunque por siempre ignoremos lo que fue. ¡Qué inquietante es verse metida en esto y no saber nada de nada!”

Así es, querida Eunice. Ya lo decía nuestro muy entrañado Juan de Yepes: “Entréme donde no supe: / y quedéme no sabiendo, / toda ciencia trascendiendo”.

El amor es un milagro, una señal que organiza la vida de los hombres; el deseo también, porque la carnalidad está mojada por la esperanza. No sólo las apariencias engañan; también algunos nombres o apellidos, porque la hija natural de Aniceto Odio y Graciela Infante estaba llena de amor al ser humano, al prójimo.

Y ella misma, profeta de principio a fin, dejó por escrito el porqué de las muchas negaciones que tendría.

“Eunice andaba en el sueño con zapatos de vigilia, ¡ay, Eunice, por tus pies te van a negar el día!”

Allá con quienes la sigan negando o escondiendo: hace tiempo la hice de mi linaje. ☉

PRÓLOGO >> ROBERT BRANDT SOBRE "EL CAMALEÓN" EN VENEZUELA

La odisea de un aventurero

SERGIO DAHBAR

Nadie se llame a engaño. Se necesita talento y energía para engañar a una persona. La lista de artimañas resulta infinita: cursos para convertirse en *broker*, pisos en alquiler, trajes espaciales falsos, loterías truchas, jeques que gastan fortunas en nuevos horizontes, inversiones piramidales, vendedores de hitos urbanos monumentales, falsificadores de cheques, hijos de actores famosos, etcétera...

De esta estirpe procede Henry Sanger Snow, el corazón temático del extraordinario libro que ha escrito el periodista estadounidense Robert Brandt, *La odisea de un aventurero*. Sanger Snow fue tesorero de la New York and New Jersey Telephone Company. Era abogado y un empresario respetado en Nueva York. Un día desapareció sin dejar huella.

Estos asombrosos personajes corren a través de correos electrónicos, de artículos de prensa, de investigaciones literarias, con promesas de sumas millonarias escondidas en bancos africanos o noticias de princesas encarceladas que requieren de planes de rescate osados y temerarios. A veces se presentan como representantes comerciales de determinado presidente. Lo que confirma que muchas personas con vidas aburridas persiguen el sueño de una aventura que no siempre termina bien.

Un menú de nombres curiosísimos alimenta la cosmogonía del fraude sofisticado: el timo nigeriano, el capitán de Irak, los animales regalados, la tarjeta de débito con 500 millones, el tío de América, el prisionero español... La literatura, el cine, el *vaudeville*, el folletín, la telenovela, es decir la cultura popular, se ha nutrido de pasiones humanas y miserias. Hay que reconocerlo: muchas estafas no hubieran ocurrido sin la ambición por obtener una fortuna de una manera sencilla y veloz, lejos del esfuerzo que exige el trabajo sostenido.

La figura del visitante que seduce a la comunidad con una llegada apoteósica y promete ventajas para quienes hagan negocio con el recién venido ha sembrado la historia de casos que parecen escapados de la ficción. El jeque es una de ellas. Pocos países se han salvado de su visita enigmática, que siempre deja un reguero de víctimas. Pero no menos fascinante resulta el indiano venido de América que timó a numerosos españoles a principios del siglo veinte.

"Me extraña que nadie se ocupe de mí, soy una novela que anda", dijo en su día un personaje con muchos alias: Tomás Portolés, Mario Pickman, Rafael Villamil, José María Pina, Fernando Caamaño, Julio Gábor y Orlando de la Riva. "El maestro de los falsificadores", lo mitificó *The New York Times*. "El rey de los ladrones", sentenció *Le Figaro*. "Y mejor no seguir con reyes, porque de hecho se hizo pasar por Alfonso XIII para dar más de un golpe exitoso, como siempre", escribiría *La Vanguardia*. Lo curioso es que este caballero de numerosas personalidades debió esperar cien años para ingresar en el museo de la novela contemporánea, de la mano del periodista cultural Sergi Doria.

Aseguran los historiadores que su nombre era Antonio Lluiciá Bussé, nacido en 1890 en Capellades (Barcelona). En julio de 1916 llegó a Ribadeo sobre el lomo de una Harley Davidson 16 F de tres velocidades y *sidecar*. Pidió una *suite* en el Hotel Ferrocarrilana y disfrutó de la gran vida al aprovecharse de las veleidades y ambiciones de una comunidad que se deslumbraba con visitantes que lucían enigmáticos.

Simpático, educado, buen mozo.



HENRY SANGER SNOW EN CARACAS

Vestía como un *dandy*, era poliglota y se hacía llamar Fernando Caamaño Bonilla. Aseguraba poseer extensas plantaciones en Venezuela. Era famoso por dejar cuentas abiertas en restaurantes. Su preocupación confesa era despachar correspondencia y celebrar conferencias telefónicas, a través de las cuales negociaba ventas de café y cacao. Les sacó dinero a mujeres seducidas y empresarios que creyeron en sus dotes para la inversión.

No menos asombrosa es la historia de George C. Parker. Nacido en el seno de una familia de inmigrantes irlandeses, a temprana edad entendió que tenía dotes sobradas para engañar a la gente. Entre sus hazañas se acumulan la venta del Madison Square Garden, la Estatua de la Libertad, el Museo Metropolitano de Nueva York y el puente de Brooklyn. Era capaz de convencer a sus víctimas de que tenía los títulos de propiedad. Con ayuda de policías sobornados, documentos falsos y oficinas de mentira, vendió el mausoleo donde reposan los restos del general Grant. En el caso del puente de Brooklyn, convenció a varios ingenuos de que el cobro del peaje sería un negocio redondo.

En 1908 Henry Sanger Snow estaba asfixiado por las deudas y había desfalcado la New York and New Jersey Telephone Company. Muchos de sus conocidos ignoraban sus problemas financieros y los medios recibían noticias contradictorias de lo que ocurría internamente en esa compañía de teléfonos de Brooklyn.

Henry Sanger Snow se había graduado de bachiller en el Brooklyn Polytechnic Institute, en 1878. Después estudió Derecho en la Universidad de Columbia. Y obtuvo una maestría en Derecho en la Universidad de Nueva York. Ejerció como abogado durante algunos años, antes de incorporarse como ejecutivo de diferentes empresas de la ciudad.

Era un hombre conocido y ofrecía cenas fastuosas en el número 270 de la calle Henry. Convocaba a personalidades notables de Brooklyn: celebridades, banqueros, académicos... Era diestro con el lenguaje, fino en sus modales y siempre lucía como un hombre acomodado.

Aunque pocos lo sabían, tenía una vida dispendiosa, por encima de sus posibilidades económicas reales.

Acosado por la necesidad de ganar más para pagar un ritmo de vida frenético, invirtió capital en la compañía ferrocarrilera New York & Ottawa Railway hacia 1897. La idea era acortar la distancia entre las ciudades de Nueva York y Ottawa con un puente sobre el río San Lorenzo. De lograrlo, se ahorrarían 80 kilómetros.

Durante la construcción se produjo una catástrofe: colapsaron dos tramos de la carretera y fallecieron 15 trabajadores. La empresa se declaró insolvente en 1900. Se debían dos millones de dólares.

Acosado por este traspié, Henry Sanger Snow empezó a especular en la bolsa de valores sin dejar de gastar como si fuera millonario. En ese momento compró una casa veraniega en Lake George, que se sumaba a otra propiedad que tenía en Connecticut.

A medida que pasaban los días, los medios de comunicación locales comenzaban a comentar su separación del cargo de tesorero de la New York and New Jersey Telephone Company. Al indagar, entendieron que Sanger Snow había desfalcado esta empresa en los años de la crisis de la ferrocarrilera.

Henry Sanger Snow estaba casado con Anna Laconte Brooks, hija del conocido inventor y telegrafista David Brooks. Había sido presidenta nacional de la Sociedad General de las Hijas de la Revolución Americana. Ante las noticias que comenzaban a señalar a su marido como culpable de un desfalco, la señora Laconte convalecía bajo cuidado médico.

No era para menos: la compañía de teléfonos había contratado a 50 detectives de la Agencia Pinkerton para que arrestaran a un hombre público y elegante, orador de orden del discurso de graduación de bachillerato, abogado, educador, inversionista, tesorero, esposo y amado padre. De repente era un fugitivo de la justicia. Una noticia que adquirió la dimensión de un escándalo.

Cercado por la policía, se las arregló para huir en plena noche. Abandonó a su esposa y sus cuatro hijos. En el siguiente capítulo de esta historia, Snow tiene otro nombre y está a punto de iniciar una nueva vida, como aventurero, en la capital de un país atrasado y poco conocido: Caracas. Un pasaje entre Estados Unidos y Venezuela costaba 90 dólares.

Traducida por Eduardo Gasca y Héctor Pérez Marchelli, *La odisea de un aventurero* cuenta la historia real de un personaje que apareció en Venezuela justo cuando Cipriano Castro iba a ser depuesto por su compadre Juan Vicente Gómez y un nuevo orden político y económico se establecería por 27 años.

Pisó tierra venezolana por primera vez luego de una escala en Costa Rica y otra en el Canal de Panamá, y pronto se las arregló para venderse ante los estadounidenses en Venezuela y ante la élite política criolla como el enviado de varios millonarios de su país de origen.

Al caminar por el litoral venezolano, este visitante advirtió que había un brote de peste bubónica. Fue curioso lo que vio entonces. Las autoridades negaron la existencia de la peste en el puerto de La Guaira. El doctor Rosendo Gómez Peraza era el jefe del Consejo de Salud. No le quedó otra opción que atender a los primeros pacientes y reconocer la enfermedad. La policía de Cipriano Castro lo encarceló de inmediato. El nuevo médico que enviaron desde Caracas, ni corto ni perezoso, descartó que se tratara de una peste y emitió un documento donde aseguraba que la condición sanitaria de La Guaira era perfecta.

No es el único momento en la narración en que el lector sentirá coincidencias con la Venezuela contemporánea. Las relaciones entre Estados Unidos y Venezuela habían sido rotas por el presidente Theodore Roosevelt. En numerosas oportunidades Henry Sanger Snow (alias Cyrus Norman Clark), como también autoridades del Gobierno de Estados Unidos, se refieren al dictador Juan Vicente Gómez como una figura que se le ha escapado de las manos a Estados Unidos. Quieren que llame a elecciones, sin que el benemérito tome en cuenta esas exigencias.

Todo lo contrario: a partir de 1915 el período presidencial se alarga de cuatro a siete años. Se elimina la reelección del presidente en ejercicio, el cargo de vicepresidente y el Consejo de Gobierno. Juan Vicente Gómez asume el mando del Ejército. Funcionarios del Departamento de Estado entienden que las cosas empeoran y que no pueden esconder la responsabilidad que tienen en el ascenso al poder del nuevo dictador. Chandler, de la División Latinoamericana del Departamento de Es-

tado, escribe: "Somos responsables moralmente, y cuidado si más que eso, de haberlo puesto allí".

Con el nombre falso de Cyrus Norman Clark y el alias de Camaleón – que se ganaría con el tiempo –, Snow se aprovechó de los amigos con dinero que aún tenía en Estados Unidos y de su experiencia como negociador habilidoso para colarse en la nueva Venezuela minera, donde fue parte de la legación diplomática de Washington, jugó a conspirador, espió para el mejor postor e hizo dinero mientras huía de la justicia. Sus comentarios sobre el nuevo país donde encontrará dinero y familia tienden una sombra que une el pasado y el presente. Y se convierten en una metáfora de la forma en que siempre se ha relacionado Estados Unidos con los gobernantes venezolanos de turno.

Destaca en este trabajo de Robert Brandt la seducción que produce el personaje elegante que llega al país con ínfulas de modernidad, siempre dispuesto a estafar a empresarios y gobernantes locales. Se le abren las puertas, las mujeres sienten una atracción perturbadora y hasta llega a establecerse como si fuera gente conocida de toda la vida.

Al leer esta investigación, queda en evidencia que muchas calamidades actuales ocurren en el país desde los primeros días del siglo veinte. La arbitrariedad de las autoridades locales a la hora de reconocer enfermedades que atentan contra los ciudadanos por un mero cálculo político o la incertidumbre de representantes diplomáticos que establecen relaciones ambiguas con los caciques locales y que después son víctimas de lo que propiciaron. Un aroma conocido atraviesa el libro, como si fuera posible leer el presente como una continuidad asombrosa del pasado.

La curiosa vida de este aventurero es un retrato de lo que era Venezuela entonces, patio de juego para las potencias occidentales y para una estrecha élite en torno a Juan Vicente Gómez. El autor, el veterano periodista estadounidense Robert Brandt, tuvo acceso a correspondencia de varios de los protagonistas y pudo reunir mucha información sobre el contexto. De esa manera escribió una obra entretenida, fácil de leer, cargada de verdad, sobre un momento fundamental para el desarrollo del siglo XX venezolano. ☺

RESEÑA >> NOVELA INÉDITA DEL ESCRITOR DE NIETZSCHE, CRÍTICO DE LA POSMODERNIDAD

“Cuarenta minutos de tu día”, ¿me los darás?

Además de filósofo y ensayista, Massimo Desiato (1961-2013) fue narrador. Dejó una novela inédita, *La mujer mora*, recién publicada en España

LENA YAU

Tres voces, una mano que rige, una galería de espejos, un sinnúmero de desplazamientos y juegos de alternancia.

La mujer mora de Massimo Desiato es un batiscafo.

Autor y lector se encapsulan en unas líneas que se cierran sobre sí mismas dejando una mirilla por la que se cuele, de adentro hacia fuera y de afuera hacia adentro, un sistema de dicotomías y paralelismos.

El protagonista se abre en dos conciencias que son una sola: el detractor y el amante. Este *Jano bifronte inquietante* encarna en sus rostros a lo apolíneo y a lo dionisiaco; a Eros y Tánatos; a la razón y a la pasión; al asco y a la atracción; al cálculo y al impulso; a la ironía y al arrebató, al nomadismo y al arraigo; al descreimiento y a la fe. La convivencia de dos modos antagónicos de ver al mundo y de sus discursos se insertan en un movimiento oscilante con tempos interiores que apuntan al absoluto generando tensiones narrativas.

El amor y la aproximación que cada uno tiene sobre el mismo los separa y abre una brecha entre ellos que se llena con trampas, sabotajes, careos, pulsos, poder.

Una novela metaficcional en la que un joven Massimo comparte espacio con el Desiato de cuarenta y tres años establecido en Mallorca. No hay engaño, no hay truco, no hay un andamiaje fallido. El autor es honesto desde el principio y hace intervenciones puntuales para aclarar que no es una historia de amor, que él teclea pero que *La mujer mora* es quien organiza las ficciones, que el relato es una autobiografía:

“Todos somos una novela, inclusive, y quizás más, si nunca la escribimos. ‘Hola Massimo’. ¿La escuchan? ¿Pueden hacerlo? Dijo: Hola, Massimo.



MASSIMO DESIATO EN VENEZIA, OCTUBRE 2002 / MARÍA FERNANDA GUEVARA RIERA

La mano que organiza las ficciones: toda la mano mora que rige esta escritura lo repite con fuerza, que esta no es una historia de amor”.

El ser humano es fragmentario y, por tanto, una autobiografía debería atrapar esa atomización. *La mujer mora* guarda la vida de Massimo Desiato desde múltiples perspectivas. No solo la lucha que deriva en diálogo y en fusión de las dos pulsiones que lo habitan. También sus lecturas (que son a su vez las lecturas de tres: el detractor, el amante y el filósofo que escribe el libro), la relación que establece con los autores de los libros que lee, sus preferencias pictóricas, sus reflexiones filosóficas, el devaneo entre dos lenguas y dos tierras, su inserción en los paisajes disímiles de dos continentes, la mimesis entre su ser y el mar.

Los autores, personajes, ficciones y ensayos que ocupan su biblioteca son sogas que el detractor y el amante se arrojan para enlazarse y arrastrar el uno al terreno del otro. El detractor, fría racionalidad y humor negro, hala al amante hacia la objetividad. El amante, pasión sanguínea, arrastra al detractor hacia lo subjetivo.

El punto: comprender que el amor también se amolda al ser y al parecer.

Nietzsche, Baudelaire, Humbert de *Lolita*, Kurtz de *El corazón de las tinieblas*, el agrimensor, el castillo y la posada de Kafka, Flebas el fenicio y los hombres huecos de Elliot, la hélice que toca raíces en el *Diario del Gaviero* de Mutis, el mito de Narciso en estudios, en la venus de Velázquez, las catedrales góticas, Henry Miller y la filósofa Simone Weil (a quien el detractor llama mi “única amiga”) son algunas de las muchas vertientes por donde autobiografía/novela metaficcional/autoficción fluye. El personaje de interior bífido se extravía en geografías cambiantes que van ciñendo su destino: Caracas, Morrocoy, Ciudad Piar, Urbino, París, Spoleto, Brighton, Lucca, Carcassone, Florencia, Puerto La Cruz, Mallorca.

“Años después comprendí que lo más difícil en la vida no es encontrarse, conocerse a sí mismo, sino perderse, y desde ese extravío retornar a casa a tiempo. ¿A tiempo para qué? Para no ser lo que no se quiere ser. El extravío enseña al menos eso”.

Ese errar tras la mujer que cree amar lo enrumbará hacia la unifica-

ción de los dos “yo” atormentados y hacia dos hallazgos que lo asentarán en la “costa que surge inclusive dentro del mar adentro, no horizonte engañoso, sino plena costa y plena tierra de sólido amor” (p.214): la escritura y la mujer mora. Llegando allí, las tres voces se funden para desaparecer y estar de ese modo más presentes, para llenar el vacío existencial, para ser plenitud, para ser permanencia:

“Por eso escribo breve. Por eso escribo intenso, para otorgarme la ilusión de que soy, de que algo existió, de que mis contornos y perfiles tienen la marca de un estilo «Roman 10 cpi», un viejo estilo que he traído de otro viejo ordenador que no supo terminar el relato y que me ha dejado sin ser, sin huella, sin traza”.

Cuarenta minutos de su tiempo, rogó Kafka a Milena. Cuarenta minutos en esta novela son una vida que regresa, una vida que late más que nunca, una vida que es riqueza de palabras, caudal de pensamiento, voz que arma y rearma, deleite literario, Massimo Desiato, su cátedra y su luz en 376 páginas.

Un libro para leer muchas veces.

Una joya. ☉

La mujer mora

ALBACACA MARTÍN

Llega por primera vez a mis manos un texto de Massimo Desiato y como alma curiosa que soy empiezo a indagar en sus letras, en el escritor que me va a narrar sus “yoes”. Mi sorpresa es que me encuentro con mucho más de lo que imaginé y doy gracias porque este cruce de caminos se haya producido porque no solo descubro un libro cuya narrativa es interesante, sino que además me llega dentro: yo también tuve diecisiete años y me enamoré... o no lo estaba, ya lo dudo. Pienso en las palabras de Desiato y saboreo esa vivisección y siento magia. Una magia que *La mujer mora* desprende por todos lados. El amor, las distintas situaciones por las que pasamos todos y cada uno de nosotros. El amante, el detractor, la realidad, la ficción y un examen interno de

los sentimientos se mezclan durante toda la obra.

Su narrativa es dulce, impregnada de una gran sensibilidad haciendo uso de un lenguaje y una prosa cuidada, magistral. A través de *La mujer mora* viajaremos a Roma, Caracas, París, Londres y muchos otros lugares que sin duda dejaron marcados al escritor, nos ilustraremos con el extraordinario conocimiento del Arte que se percibe a través de las letras de Desiato y nos iremos encontrando diferentes guiños a escritores como Baudelaire, Dostoyevski, la filósofa Simone Weil. Así nos dice Desiato: “Me encantan los viajes. Y el asunto está en que sin Filosofía no se va a ninguna parte, como tampoco sin el arte y la literatura, sin las ficciones. Interpretaré la Filosofía como la ciencia de las ficciones. Sin ficciones, te quedas varado siempre en el mismo sitio”. Un manuscrito

donde saboreamos la gran cultura de la que era poseedor el profesor y donde se desprende un gran amor a Venezuela e Italia.

Quiero incidir en las referencias al estudio de la Filosofía que me llaman mucho la atención: “Convertirse en filósofo en nuestro mundo globalizado es una pura pérdida de tiempo. No consigues trabajo y además te frustras, pues tienes que estudiar muchísimo, obtener una licenciatura, una maestría, un doctorado (...) para luego quedar como un imbécil frente a un mundo que no tiene nada que escuchar porque lo sabe ya todo”. Estas palabras del maestro, del filósofo creo que son dignas de resaltar, esta crítica y otras críticas que en el libro quedan registradas reflejan el amor que el autor tenía a esta disciplina y lo poco que es considerada en estos días y por ello me tomo el lujo

de remarcarlo aquí porque no puedo estar más de acuerdo y creo firmemente que tendría que tener un mayor reconocimiento.

Hay algo en toda la obra que me gusta mucho y son las referencias constantes que hay a los lectores. Me parece una genialidad porque ya no solo gozamos del pensamiento del amante, del detractor, sino que también lo hacemos del pensamiento del lector en el libro.

La mujer mora es un libro que se quedará en nosotros y nos hará revivir a nuestro propio amante a nuestro propio detractor y por otro lado nos llenará el alma al contemplar el tremendo homenaje de amor que Massimo Desiato hace a su amada, la artífice de que su pluma fluya, de esa mora que ha guiado todo el proceso de creación.

Un canto de amor, al verdadero y definitivo amor. ☉

Capítulo uno*

MASSIMO DESIATO

Hay quienes dicen que narrar una historia alivia las penas, que no hay dolor que, oportunamente relatado, no comience a disolverse, sus contornos a difuminarse, sus fondos a alejarse. La fuerza del relato sería superior al dolor de lo vivido, pues la narración es ya fantasía, imaginación, y estas generan fisuras en la realidad, la moldean metabolizándola. Narrar es lograr una metamorfosis.

Pero nada dicen de aquello que permite relatar. ¿Será el dolor mismo o su ausencia? ¿Puede escribirse sobre el dolor mientras se sufre o, en cambio, habrá que experimentar una dichosa indiferencia?

Varias veces he intentado narrar lo que aquí sigue. Siempre he fracasado, con una puntualidad exasperante, como la caída, precisa, rigurosa, calculada de una guillotina bien afilada. Sufría demasiado y, a cierta altura, quería ponerle fin a ese dolor: paraba de escribir y solo quedaba la hoja en blanco, su resplandor, la cabeza cortada.

No me ha ido mejor con la indiferencia. Escribir desde ella es como destejer lo tejido. Las palabras dan igual, no importa el relato. Pronto uno se dispersa; comentarios inútiles se agregan a la línea de demarcación de una vida en la que se ha dejado de participar. La página se vuelve a llenar de blancura, las letras no se imprimen, la cabeza no cae, cortada; simplemente ya no la tienes.

Es la dichosa indiferencia la que permite el relato, la narración, el habérselas con el dolor, que no ha sido disuelto por el relato, sino por la vida misma, por lo que se ha vivido entretanto, y se lo ha vivido bien. Una historia de amor solo puede ser escrita desde el amor. Si el amor de esa historia ha terminado, y primero el dolor, luego la indiferencia, tornan imposible la narración, habrá que esperar otro amor desde el cual contemplar con serenidad lo acontecido. La indiferencia por el amor pasado solo puede volverse dichosa por el amor presente.

Aun así, los relatos sobre los amantes son traicioneros, ambiguos. Transversal a ellos corren aventuras distintas. Escribes sobre unos y te encuentras con otras historias, las que nunca creíste que ibas a contar. Surgen como una confesión arrebatada, sonsacada por la misma fuerza de las palabras. Porque las historias de amor son historias de palabras, y es el amor por la palabra, más que por el amante y su memoria, lo que nos impulsa a escribirlas. Y las palabras, se sabe, poseen miles de secretos, dulzuras insospechadas, acritudes guardadas, y un propósito que sobrepasa al pobre autor, siempre puesto bajo la señoría y tutela del verbo.

Así que no sé bien sobre qué escribiré. Como un marinero inexperto suelto las amarras y busco la mar. Lo más probable es que me aguarde un naufragio, y después quién sabe qué. La única certeza que me acompaña es mi pasión por el oleaje, por el fragor de las olas rompiendo contra los farallones, posiblemente de noche, posiblemente con algunos tenues rayos de luna, la luz suficiente para entrever la espuma, su rabia, su obsesión repetida, su fuerza extrema. ☉

*Se trata del capítulo primero de *La mujer mora*, novela de Massimo Desiato, publicada por el Grupo Tierra Trivium. Madrid, junio 2019.